

Clausura del curso 2014-2015 (1 de junio de 2015)

Estimados profesores y alumnos, alumnos del último curso, amigos todos que nos acompañáis.

Volvemos, por segundo año consecutivo, a celebrar la graduación de los alumnos que finalizan sus estudios, bien ya sea ahora en junio cuando acaben, bien sea en el próximo febrero. Junto a ello este acto académico sirve de clausura del curso. Ya sé que todavía queda mucho trabajo para el final, quedan los exámenes. Pero igual que se ha hecho norma en este Centro el inaugurar el curso un mes después de haberlo iniciado en la práctica, también parece que se convertirá en norma el acabarlo oficialmente un mes antes de que finalice.

Volviendo al hecho de la graduación, la graduación de los alumnos en el primer ciclo de una carrera universitaria ha cobrado el significado de celebrar la finalización de unos años en los que, junto a otros compañeros, se ha asistido a unas clases, día tras día y semana tras semana, en unas aulas en las que, además de recibir una formación, se ha convivido y se han creado unos lazos de amistad. La graduación, en ninguna facultad española me atrevería a decir, viene vinculada a la efectiva recepción del título en ese momento, sino que significa, en primer lugar, la finalización de una convivencia a lo largo de tres, cuatro años, con unos compañeros y unos profesores junto a los cuales hemos realizado unos estudios. Viene ligada al fin de la escolaridad, el título llegará enseguida para algunos, para otros tardará algo más, quizá para alguno no llegue nunca. Es así que, en todos, o en casi todos los lugares, la graduación la reciben en bloque los alumnos de una promoción, al margen del logro o no, en ese momento, del grado. No ocurre así cuando se trata de postgrado, bien la licenciatura, bien el doctorado.

Quizá alguien podrá pensar que no tiene demasiado sentido esta costumbre. Bien, si nos atenemos a la literalidad de lo que significa graduación quizá no, pero si lo entendemos como la terminación de un ciclo de la vida, de horarios, rutinas, y costumbres diarias que serán sustituidas por otras en un nuevo ciclo de la vida. Si nos atenemos a lo que significa acabar un encuentro diario con las mismas personas, con las que hemos convivido a lo largo de unos cuantos años, con las que hemos trabado amistad, después de haber comenzado la carrera como desconocidos los unos para con los otros, pues, indudablemente, en mi opinión, sí que tiene sentido esta celebración, digamos que de despedida. Hemos estado juntos unos años, hemos logrado lo que nos propusimos, o lo lograremos dentro de un tiempo, pero ya este ciclo de vida en común se terminó.

A veces se tiende a pensar, en el campo de los estudios académicos, sólo en términos utilitaristas, de logros y metas, el hecho de conseguir un título o no, pero hay también otras muchas dimensiones a valorar en esta etapa de la vida desarrollada junto a otros que realizan el mismo camino. Con los estudios eclesiásticos ocurre exactamente igual y quisiera hacer unas reflexiones al respecto.

Cuando uno elige una carrera universitaria cualquiera lo hace según una vocación y unos criterios más o menos utilitaristas como son la posible inserción laboral, eso que antes se decía de labrarse un futuro, expresión hoy un tanto pasada de moda. La relación vocación-utilidad, oscila en ocasiones más para un lado que para otro, de todas formas, siempre al finalizar la carrera se abre el futuro, todo un abanico de posibilidades; la vida llevará, según las circunstancias, por un camino u otro. Uno puede decir, ya soy ingeniero, o abogado, y vamos a ver lo que nos depara la vida. La mayor o menor preparación abrirá además normalmente más puertas o hará mayor el abanico de opciones

posibles. Desde luego, si el futuro se ve un tanto negro, por la situación económica, social o política, las motivaciones para el aprovechamiento a lo largo de los estudios se reducen. Aún con todo, siempre es verdad que quien más se haya esforzado tiene, en principio, más puertas abiertas a lo largo de su futuro.

Sin embargo, en el caso de los estudios eclesiásticos no es exactamente así. Al menos no lo es, hoy por hoy, para la mayoría de los alumnos. Pudiera existir un pequeño sector, algunos laicos, en los que la experiencia de estudiar teología fuera una experiencia similar a la de cualquier otra carrera, en la búsqueda de una inserción laboral como profesores de religión, por ejemplo, pero este caso es muy reducido en número. Lamentablemente es así.

En la mayoría de los casos, ya digo, no ocurre así, sino exactamente al revés. Lo que está clarísimo es el futuro y la inserción, digamos entre comillas, laboral. Uno siente la vocación al sacerdocio o a la vida religiosa. Su futuro le resulta evidente, y la inserción laboral, ya digo que entre comillas para entendernos, la tiene garantizada al cien por cien. La vocación se concentra en esa llamada al sacerdocio o a la vida religiosa.

¿Y los estudios? Pues los estudios, al hilo de esto, pueden convertirse en algo por lo que hay que pasar, una obligación que hay que cumplir. Uno puede estudiar abogacía o medicina porque siente tal vocación o porque se podrá colocar mejor. Los dos aspectos inciden directamente en la motivación para el estudio de la medicina. ¿Y la teología? Uno tiene vocación al sacerdocio o a la vida religiosa, ¿conlleve eso una vocación al estudio de la teología? Pues no, no está nada claro que en la práctica la conlleve, ni mucho menos. Como tampoco tendrá relación, en la inmensa mayoría de los casos, el mayor o menor aprovechamiento en los estudios con el desarrollo de la posterior vida, también entre comillas, profesional de los alumnos. No existe una vinculación tan directa como en otros ámbitos entre carrera o estudios y trabajo. Desde ningún punto de vista que lo consideremos.

De ahí, que los profesores de un centro teológico tengan no sólo la tarea de enseñar sus disciplinas en cuanto docentes, sino también una labor de formadores, formativa, como así les reconoce una y otra vez el pensamiento del magisterio de la Iglesia. Y la primera dimensión formativa es la que realizan precisamente al justificar el sentido y la validez del estudio de sus disciplinas como algo relevante e indisolublemente unido a la vocación del alumno que tienen en clase. Algo que para muchos alumnos no es evidente al inicio de por sí. El profesor sabe que sí y tiene que transmitirlo. ¿Cómo? No es fácil. Un profesor de anatomía no tiene que justificar el sentido de su asignatura para un médico, ni el de álgebra u o derecho romano tampoco tienen que hacerlo para el ingeniero o el abogado. Es algo obvio para el alumnado. No ocurre lo mismo con el de historia de la filosofía, el de patrología, o el de teología fundamental, materias expuestas a un alumno cuya vocación no es la teología, sino la de ser sacerdote o religioso. Se ven forzados estos profesores a la carga extra, diría yo, de, a la vez que transmiten unos conocimientos, de justificar la validez de poseer dichos conocimientos y además convencer de la necesidad de adquirir dichos conocimientos. No sólo supone un trabajo extra, sino, sobre todo, una tensión añadida máxime, en muchos casos, cuando resulta que el profesor tiene la misma vocación religiosa o sacerdotal que el alumno y se hace la pregunta de ¿cómo es posible, que el estudiar esto que yo veo como lógico en el seno de mi vocación, el alumno no lo considere así? Quizá sea la teología, hoy en día, la única carrera cuya docencia consista, en primer lugar, en la justificación del hecho mismo de su docencia; y no en el marco de su relación con otros estudios universitarios, sino, ante todo, en el ámbito de los propios alumnos que la cursan.

En la historia contemporánea de la Iglesia no ha sido siempre así. En el inmediato postconcilio había un auténtico fervor por el estudio de la filosofía y de la teología, de todas las ciencias humanas y sociales, en el seno de los centros teológicos. Eso no quiere decir que no hubiera algunos alumnos que no estudiaran, eso ha ocurrido y ocurrirá siempre, pero la motivación estaba generalizada, era clarísima la urgencia de estudiar. ¿Por qué? Pues porque se veía la urgencia de hacer presentable el cristianismo al hombre de hoy. Digo presentable, que no quiere decir de ningún modo demostrable. ¿Qué quería decir presentable? Dos cosas: la primera que era razonable, es decir, era compatible con la razón humana cultivada el hecho de poseer la fe cristiana. Que, por poner un ejemplo tonto, no había que entender al pie de la letra las historias bíblicas de Adán y Eva y rechazar las ideas científicas comúnmente aceptadas por todos, tales como el evolucionismo. Se quería hacer ver la credibilidad de la fe y eso llevaba, en primer lugar, a estudiar con el mismo interés tanto la exégesis bíblica como el evolucionismo. El cristianismo era fe para adultos, para personas adultas en cuanto a la razón. Además existía, en segundo lugar, no sólo el convencimiento de que se podía presentar un cristianismo adulto, compatible con la razón humana, sino que además el éxito pastoral, digámoslo así, en medio de las clases medias emergentes, de formación universitaria, que crecían como la espuma en las ciudades de la Europa de aquellos años pasaba precisamente por una presentación adulta, digámoslo así para entendernos, de la fe cristiana.

Con el paso de los años, por múltiples circunstancias, ese fervor por el conocimiento algo se ha diluido. Hay que recuperarlo. Hay que recuperarlo en el contexto del proyecto de nueva evangelización en que está inmersa la Iglesia. El papa Francisco una y otra vez recuerda la imagen evangélica del pastor y las ovejas. Los pastores tienen que estar en contacto con las ovejas, tienen que ir en búsqueda de la oveja perdida, más bien del rebaño perdido. Podemos hacer innumerables interpretaciones y aplicaciones de esta imagen. Una primera que se me ocurre es que, para empezar, hay que andar muy poco para encontrar a las ovejas, de hecho físicamente estamos en medio de ellas. En nuestros barrios y ciudades las tenemos al lado. Pero predicar la fe pero este rebaño, siempre pueblo de Dios, exige un esfuerzo de presentación del evangelio por parte del pastor, pues no hace caso de cualquier cosa que se le diga. A veces creemos que los problemas son técnicos, asuntos de técnica pastoral. En ningún campo del saber existe técnica aplicada si antes no hay ciencia básica. No somos la excepción, difícilmente existirá técnica pastoral adecuada, sino conocimiento humanístico, filosófico y teológico que la sustente. En ocasiones resulta chocante ver como los agentes pastorales se sienten mucho más cómodos, por ejemplo, en zonas rurales que en medio de las nuevas clases urbanas. Es cierto que el compromiso de inserción en lo rural es benemérito y debe ser justamente valorado, pero el valor del testimonio en la soledad del campo, en el seno de comunidades de fe acendrada, no debe hacernos perder de vista que el futuro no se juega ahí. Nuestras ciudades están repletas de los que se autodefinen como católicos no practicantes. Nuestro primer rebaño a recuperar. Desenvolverse en ese medio requiere conocimiento, conocimiento del medio, y del mensaje. Conocimiento del mensaje que no es simple conocimiento del contenido del mensaje, sino esfuerzo de conceptualización del contenido del mensaje. Somos humanos y nuestras creencias están articuladas conceptualmente, interpretativamente. Así ha sido siempre ya sea en un mundo antiguo, medieval o científico y postsecular. La fe creída es siempre fe pensada, sólo así es fe formulada. Como no la pensemos nosotros, nadie lo hará por nosotros.

San Agustín estaba firmemente convencido de la necesidad del esfuerzo por pensar la fe. Huía de cualquier forma de fideísmo. Pero no es que lo hiciera así en sus tratados u obras teológicas. No, en las cartas y en los sermones, sí, una y otra vez en sus sermones, se embarca en el esfuerzo de hacer creíble la fe, razonable, no demostrable, pero siempre algo creíble. “Ama sobremanera el

entendimiento” dice en una de sus cartas. Frase que se ha hecho famosa, *Intellectum vero valde ama*. Para él, casi podemos decir, a categoría de tu nivel de fe viene indicada por el esfuerzo que pones en entender dicha fe. El fideísta será creyente, no lo niega, menos da una piedra, pero es el creyente que precisamente tiene la fe más pobre.

Bien, ahora acabáis vuestros estudios y os despedís, después de unos años juntos, personas que tenéis la misma vocación de servicio a la Iglesia. Ojalá que os embarquéis todos, allá donde la vida o los superiores os dirijan, en un esfuerzo permanente de formación. Que el contacto con las ovejas, las que sean, os haga estar en una tensión permanente de saber más sobre ellas, conocerlas, entenderlas. Saber sobre filosofía, sociología, ciencia..., todo saber es poco y, además, que cuando habléis seáis capaces de presentar un cristianismo adulto, es decir, creíble. Seguid leyendo teología, exégesis, moral, liturgia o pastoral. Continúad siempre en un estado de permanente formación. No abandonéis los libros. No olvidéis que vais a ser religiosos, religiosas, sacerdotes..., es decir, vais a ser pastores, nunca asalariados. Demostrad que os importan las ovejas. Os habéis encontrado personas de muy diferentes lugares y naciones, con distintas lenguas. Todas tenéis la misma fe y vocación de pastores. No me cabe duda que el encuentro de estos años lo recordaréis con cariño y esta universalidad que refleja el Centro no hace más que reflejar en pequeño la catolicidad de la Iglesia.

Quiero pues felicitaros a los que termináis. Desearos lo mejor. Que conservéis un buen recuerdo de vuestro paso por estas aulas y que vuestras expectativas se hagan realidad.

Quiero felicitar también y agradecer a todos los profesores por el trabajo realizado a lo largo del curso. Los resultados académicos son evaluables a corto plazo. Los formativos sólo lo son a largo plazo. No dudéis que vuestro esfuerzo docente y formativo obtendrá sus frutos.

Termino ya. San Agustín en su famoso sermón 46 sobre los pastores va comentando el conocido texto del profeta Ezequiel acerca de los pastores de Israel. Llega a un pasaje del mismo, el versículo 12 del capítulo 34, donde el profeta afirma, “Como un pastor vela por su rebaño cuando se encuentra en medio de sus ovejas dispersas, así velaré yo por mis ovejas. Las recobraré de todos los lugares donde se habían dispersado en día de nubes y brumas”. Y comenta San Agustín que la lluvia y la niebla son el extravío en este mundo, una gran oscuridad que surge de los apetitos de los hombres y una densa niebla que cubre la tierra. Es difícil que en medio de esta niebla, continúa san Agustín, no se extravíen las ovejas, pero el pastor no las abandona. El pastor es, sin duda y ante todo Cristo, pero también lo son, en la mente de San Agustín, todos los enviados por Cristo para seguir siendo pastores. ¿Y qué hace el auténtico pastor? Aquí afirma san Agustín tajante: “las busca (a las ovejas), atraviesa, la niebla con ojos penetrantes”. Bien, hoy en día como ha sido siempre, la niebla embarga a todos, la misma niebla rodea a ovejas y pastores. El pastor debe distinguirse por ser capaz de atravesarla con ojos penetrantes, sin que se lo impida la oscuridad de bruma. Cómo. San Agustín no lo explicita, pero quizá nos invita a pensar que como un pastor conoce cada palmo del terreno que recorre, así debemos conocer el mundo y la sociedad. El evangelio es el camino que lleva a la vida, estamos convencidos, pero hay que mostrarlo como camino a otros. Los ojos del pastor no tienen precio. Al pastor le guía la luz de la fe sí, pero la fe se encuentra vinculada a los ojos penetrantes de la razón. Razón puesta al servicio de la fe y fe que guía a la razón. Nunca se disipará en este mundo la niebla, pero sí se puede ver a través de ella. El pastor lo hace. No os canséis nunca de estudiar, ni de enseñar lo aprendido. No dejéis nunca de pensar la fe, el día que dejéis de pensarla corréis el riesgo de perderos en la niebla.

Muchas gracias.